11655

In Teorio Moderno

Nogues

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PROLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 48—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 142 á 144)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

UN TENORIO MODERNO.

UN TENORIO MODERNO,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ MARIA NOGUÉS.

MÚSICA DE LOS SEÑORES

D. ENRIQUE BROCA Y D. IGNACIO AGUSTIN CAMPO.

Representada en el teatro de la Zarzuela la noche del 11 de Junio de 1864.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA INÉS.....	Doña Rosario Hueto.
LUCIA.....	Doña Dolores Fernandez.
DON JUAN.....	D. Vicente Caltañazor.
FAUSTINO.....	D. J. Romero.

La escena en Madrid, en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

AL DISTINGUIDO POETA

SR. D. ENRIQUE SAAVEDRA,

MARQUÉS DE AUÑON,

Recuerdo cariñoso de su amigo de la infancia,

El Autor.

672488

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/untenoriomoderno3921broc

ACTO ÚNICO.

Gabinete pequeño. Puerta al foro: á los dos lados de esta puerta consolas con espejos: quinqués, floreros, etc. A la derecha (actor) en primer término, un piano con papeles de música, y un jarron de cuello largo, que figurará ser de china: en la pared, encima del piano, un cuadro de lienzo con el retrato de un hombre: al lado el tirador de una campanilla: en segundo término una ventana. Á la izquierda, en primer término, un sofá con butaca: en segundo una puerta. Encima de una silla, junto al sofá, una guitarra. Un velador junto á la butaca con hilos y un pedazo de tela para bordar. Lujo en los muebles y en todos los detalles accesorios.

ESCENA PRIMERA.

LUCIA asomada á la ventana.

¡La señora! ¡Ya de vuelta!
¿Si le habrá ocurrido algo?
como tiene ese carácter,
y es asi... tan... asi, vamos,
que todo lo toma á risa,
nada tendria de extraño.

ESCENA II.

LA MISMA é INÉS por el foro, riéndose.

INÉS. ¡Suceso mas peregrino!
(Va á sentarse á la butaca.)
LUCIA. ¿Viene usted de buen humor?
(Doña Inés, durante los primeros siguientes versos, empieza á quitarse el velo: Lucia la ayuda.)
INÉS. Gracias á un nuevo amador,
á mi abogado don Lino.
De su casa vengo ahora:
por mi asunto le pregunto,
y haciendo punto en mi asunto,
me dice: bella señora,
sois un cielo á no dudar:
mi martirio se hace eterno,
y cansado del infierno
quisiera en el cielo entrar.
Me sonrio: él animado
un breve discurso arregla,
que fué un pedimento en regla
de amor, sin papel sellado.
En fin, para terminar (Riéndose.)
la carcajada solté...
LUCIA. Y entonces, ¿qué dijo?...
INÉS. (Mirándola.) ¿Qué?...
Se quedó sin contestar:
pues es cosa ya probada,
que si anima una sonrisa
ligera, vaga, indecisa,
destempla una carcajada.
LUCIA. No juegue usted á ese juego...
INÉS. Mi alma no se interesa...
LUCIA. Recuerde usté á la Duquesa...
INÉS. ¿Á la de Jugar con fuego?...
(Movimiento afirmativo de Lucia.)
Este incidente, Lucia,
hoy, como el tédio me abruma,
ha disipado la bruma
que empañaba mi alegria.

LUCIA. De usted la desdicha fragua
ese lienzo en la pared; (Señalando el cuadro.)
pues suele venir la sed
cuando se contempla el agua.

INÉS. (Con mucha naturalidad.)
No lo creas: en mi estado
feliz un tiempo he vivido;
pero despues mi marido
echó un genio...

LUCIA. (Interrumpiéndola.)
¡Endemoniado!

INÉS. (Con severidad.)
¡Lucia!

LUCIA. (Mudo de táctica.)

INES. (Muy marcado.)
Que yo sea intolerante,
esto es práctica constante,
y me autoriza la práctica,
porque su mujer yo fuí;
pero tú, que no lo has sido,
al hablar de mi marido
repórtate!

LUCIA. Lo haré asi.
(Pausa, durante la cual, Lucia deja el velo encima de una silla.)

INÉS. Por mas que en ello discurro,
yo no sé lo que me pasa;
pero al encontrarme en casa
sola contigo, me aburro.

LUCIA. (Volviendo al lado de Doña Inés, con mucha intencion cómica.)
Veintitres va usté á cumplir;
es rica, y esto se explica:
jóven, de cuartel y rica...
ayúdeme usté á sentir.

INÉS. Rica, gracias á Tenorio:
sin él mi pleito lo pierdo.

LUCIA. No hay andaluz que sea lerdo,
esto es público y notorio.

INÉS. ¡Y que viva retirado
del foro esa maravilla
en un rincon de Sevilla!...

LUCIA. ¿Y usted con él nunca ha hablado?
(Señal negativa de Doña Inés.)
¡Esto, señora, es atroz!
INÉS. Le he escrito; pero al pagarle
hubiera querido darle
las gracias de viva voz.
LUCIA. Las merece á no dudar. (Pausa.)
INÉS. Lucia.
LUCIA. ¿Qué?
INÉS. En vano lidio
por desterrar el fastidio.
LUCIA. Vuélvase usted á casar.
INÉS. ¿Qué me propones, Lucia?
(Levantándose.)
LUCIA. Siempre distrae un esposo.
INÉS. ¿Que renuncie á mi reposo,
y por un pollo del dia?
(Muy marcado.)
¿Por un ser raro y exíguo
que al hablar infunde tédio,
con cocas y raya en medio
y cuyo sexo es ambiguo?
Que va de aqui para allí,
sin saber adónde va,
ni en dónde se fijará,
y que nos saluda asi.
(Hace un saludo ridículo.)
Lo que siento no lo callo,
aunque sean disparates:
los pollitos, con tomates.
LUCIA. Cásese usted con un gallo.
INÉS. Desiste de esa mania,
pues lo declaro formal:
por el tálamo nupcial
no cambio mi autonomia.
El consorcio es un abismo,
cuyo fondo no se vé;
viuda y libre, seré
la reina del coquetismo!...

MUSICA.

Todos los hombres,
sin excepcion,
fingen cariño,
fingen pasion,
y con leves
variaciones,
esta es siempre
su cancion.

(Fingiendo la voz de hombre donde se supone que este habla.)

—¡Vuestro rostro es hechicero!
—Es lisonja, caballero.
—¡No, señora, es la verdad!
—¡Yo os adoro!—No lo creo.
—¡Yo me abraso!—No lo veo.
—¡Porque oculto el fuego está!...
—¡No, no es verdad!
—¡Si, si es verdad!!
¡Ved mi pecho cómo late!...
—¡Disparate! ¡disparate!
—¡Ay, señora, va á estallar!
¡y la flor de mis amores,
si me niega sus favores,
una tumba encerrará!!!
¡No, no es verdad!
¡Si, si es verdad!!

—

Y si miro,
si suspiro,
mas el fuego
se acrecienta
de la llama
que alimenta
su encendido
corazon;
mas su ruego,
si desdeño,
va cediendo
de su empeño,

y la llama
que lo inflama,
como un soplo
se apagó.

—

Todo en los hombres
mentira es:
por eso debe
la que es mujer
con ellos siempre
coqueta ser.

LUCIA. Sí, señorita,
dice usted bien:
por eso debe,
la que es mujer,
con esos pícaros
coqueta ser.

HABLADO.

FAUST. (Apareciendo en la puerta del foro.)
Señora...

INÉS. ¿Qué traes, Faustino?

FAUST. Un ramo con un billete.

INÉS. Bien está: dámelo y vete.
¿De quién será.
(Abriendo el billete y fijándose en él.)
De don Lino.
(Leyendo.) «Doña Inés: bien justo es,
»si me animasteis un poco,
»doña Inés, que yo esté loco,
»y loco por doña Inés.
»Tan loco estoy, que deliro;
»y al ser por vos despreciado
»en la muerte me he fijado,
»y voy á pegarme un tiro.»
(Muy apurada.)
¡Dios mio, por mí se mata!...
¡y no poder evitar!...

LUCIA. Voy en un vuelo á avisar...

INÉS. (Con mucha calma.)
Espérate, que hay posdata.
(Leyendo.) «Al cometer el delito
»sonó de almorzar la hora,
»y no me mato, señora,
»por matar el apetito.
»Os ruego, puesto que os amo,
»aunque con menos furor,
»que acepteis, si no mi amor,
»mi amistad, que va en el ramo.»
¡Ah! ¡semejante osadia!...
(Arrugando la carta entre sus manos.)
¡Amor ó amistad!...
(Corre al piano, coge el jarro con las flores y lo tira por la ventana.)

LUCIA. Señora,
qué hace usted?...

INÉS. (Incómoda.) Déjame ahora.

LUCIA. Advierto á usted que...

INÉS. (Con severidad.) ¡Lucia!

LUCIA. Son las diez de la mañana,
si pasa algun ciudadano...

JUAN. (Dentro.) Quién arroja tan temprano
la casa por la ventana?...
(Inés queda como petrificada.)

LUCIA. ¿No lo dije?

INÉS. (Señalando la ventana con temor.) Mira.

LUCIA. (Mirando con recato.) Miro.

INÉS. ¡Si lo habré descalabrado!...

LUCIA. Con el sombrero aplastado
se marcha.

INÉS. ¡Entonces respiro!...
(Suena un fuerte campanillazo.)
¡Lucia!

LUCIA. Señora.

INÉS. (Sumamente apurada.) ¡Es él!!

LUCIA. Pues se enreda la madeja.

INÉS. Discúlpame.
(Váse precipitadamente por la puerta de la izquierda.)

LUCIA. ¿Yo? ¡Y me deja
en medio del redondel!

(Hace demostracion de salir y en este momento aparece D. Juan.)

ESCENA III.

D. JUAN entra con el sombrero aplastado y sacudiéndose el traje con un pañuelo.

JUAN. (Sumamente incómodo.)
¿Dónde está el amo de casa?...
LUCIA. (Aturdida.)
Ha salido, caballero.
JUAN. ¿Cómo? ¿Por dónde? Á no ser
por la ventana ó el techo,
mientras subí la escalera,
de otro modo no comprendo...
LUCIA. Si, señor.
JUAN. ¿Cómo, ha volado?...
LUCIA. No, señor... (¿Á que la echo
á perder?...)
JUAN. Reclama á voces
reparacion mi sombrero,
y subo á que me indemnicen,
ó á que me den otro nuevo.
LUCIA. Si, señor.
JUAN. Entonces callo.
LUCIA. ¡Nó, señor!...
JUAN. ¡Entonces trueno!!
LUCIA. (Yo me aturdo.)
JUAN. ¿Quién ha visto
que en la córte nada menos,
á las diez de la mañana,
sin decir «allá vá eso,»
le enfunden á un individuo
tan bruscamente el pescuezo?
(Se mete el sombrero hasta el cuello y se lo saca.)
Si al recibir la maceta
me hubiera una torta hecho,
yo hubiera callado entonces
lo mismo que calla un muerto;
pero al sufrir una herida...
en la copa del sombrero,
levanto la voz y grito,

que á todo vengo resuelto.
¡Y no es nada lo del ojo!...
(Mostrando el sombrero, que deja sobre la consola de la derecha.)

LUCIA. Dispense usted.

JUAN. ¡No dispenso!
Yo que iba á ver á mi novia,
(no es verdad,) sin querer tengo,
por causa de este fracaso,
que desistir de mi empeño.
¿Le parece á usted que es justo
lo que me pasa?...

LUCIA. Lo siento.

JUAN. Lo siento yo mas, y asi,
cuatro duros ó un sombrero.
¿No está usted por aflojarlos?. .

LUCIA. Yo no he sido la que...

JUAN. Bueno:
pues me incrusto en esta silla
y en diez siglos no me muevo.
(Se sienta junto al piano. Despues de una pausa y fijándose en el cuadro.)
¿Quién es ese espanta-pájaros?...

LUCIA. Mi amo.

JUAN. ¿Si? Pues celebro
conocerlo.

LUCIA. Es que él no ha sido:
hace dos años que ha muerto.

JUAN. Eso no importa... (Una dama...
(Se pone de pié.)
la escena cambia de aspecto.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS y DOÑA INÉS.

JUAN. (Arreglándose el traje, la corbata y el cabello, y contemplando á Doña Inés mientras esta se aproxima pausadamente.)
(Con seda su talle ajusta:
su busto es algo incitante:
es apuesta y elegante:
pisa bien: no me disgusta.)

INÉS. (Con gravedad cómica.)
Cuatro duros, caballero,
(Ofreciéndoselos)
y siento el daño causado:
ahora, si está indemnizado,
puede comprarse un sombrero.
(D. Juan hace un movimiento excusándose.)
Le ruego que los reciba,
asegurándole á usté,
que mi falta expiaré
llorándola mientras viva.
Flor en casa no entrará;
y cerrando á piedra y lodo
las ventanas, de este modo
nuevo fracaso no habrá.
Hecha, pues, mi confesion,
y contrita y penitente,
le suplico humildemente
que me otorgue su perdon.

JUAN. Juro á fuer de caballero,
y nunca en vano juré,
señora, oyéndola á usté,
que tengo envidia al sombrero.
Aqui soy yo el delincuente
por mi ademan descompuesto:
usted me ha arrojado un tiesto,
hizo usted divinamente.
Si tal sabido yo hubiera,
á pesar de su calibre,
el paso le dejo libre
y lo acojo... en la mollera.

LUCIA. (No parece que es el mismo.)

JUAN. (Continuando.)
Que aunque el agua un poco dura,
¿quién se niega de ese cura
á recibir el bautismo?...
(Doña Inés se guarda la moneda.)
Y sin ser tenacidad,
pues la explicacion es obvia...

INÉS. ¿No lo espera á usted su novia?...

JUAN. (Nos escuchaba.) Es verdad.

INÉS. Con esto decir no quiero...

JUAN. Señora, claro se ve...
INÉS. Esta casa es muy de usté.
JUAN. Muchas gracias.
(De frase á frase ligeras pausas, que quedan á la discrecion de los actores.)
INÉS. (Saludando.) Caballero...
JUAN. Si no cometo un desman,
el nombre saber quisiera
de dama tan hechicera.
INÉS. Me llamo Inés.
JUAN. Yo don Juan. (Breve pausa.)
(¿Será en vano si porfio?...)
Perdone usted si indiscreto...
INÉS. Como el nombre no es secreto
yo le he revelado el mio.
JUAN. Y yo con ardiente afan... (Fingiendo pasion.)
INÉS. Que de partir hora es. (Interrumpiéndolo.)
JUAN. Á los pies de usted, Inés.
(Muy marcado el Inés, despues de mirarla un momento.)
INÉS. Beso á usted la mano, Juan.
(En tono un si es no es burlon, remedando á D. Juan. D. Juan va á tomar el sombrero de encima de la consola y deja caer con él el tubo del quinqué, el cual se rompe.)
JUAN. ¡Diantre!
INÉS. ¿Qué es eso?
JUAN. No sé.
LUCIA. En un tris la luna estuvo;
que me ha roto usted el tubo.
JUAN. ¿Cómo el tubo?
LUCIA. El del quinqué.
Pues señor, hay que decir,
que está desgraciado el dia.
INÉS. Recógelo bien, Lucia,
no se vaya alguno á herir.
(Lucia recoge en el delantal todos los pedazos del tubo, y se va por el foro: Doña Inés se sienta; Don Juan con el sombrero en la mano permanece un momento junto á la consola: concibe de pronto una idea; deja el sombrero, saca de su bolsillo dos pesetas, y muy pausadamente se acerca á Doña Inés.)

ESCENA V.

D. JUAN y DOÑA INÉS.

JUAN. Dos pesetas vengo á dar
por la pérdida causada:
ahora, si está indemnizada,
puede otro tubo comprar.
Le ruego que las reciba,
asegurándole á usté,
que mi falta expiaré
llorándola mientras viva.
Es tan enorme el pesar,
doña Inés, que el alma abruma...

INÉS. Guárdese usted esa suma.

JUAN. No me la puedo guardar.
Á usted nada la contuvo
para pagarme un sombrero,
pues como usted obrar quiero:
yo vengo á pagarle un tubo.

INÉS. Se empeña usté en que me ausente.
(Se levanta.)

JUAN. (Hace ademan de detenerla.)
Las dos pesetas me guardo. (Ligera pausa.)

INÉS. (Indicándole que salga.)
¿Á qué aguarda usted?...

JUAN. Aguardo...
aguardo...

INÉS. ¿Y bien?

JUAN. Francamente:
tengo empeño, y no me voy,
porque mi empeño es formal,
si me ha juzgado usted mal,
de que me juzgue cual soy.

INÉS. (Sin duda alguna está loco,
y pues que en serio lo toma,
yo voy á tomarlo á broma,
y así me distraigo un poco.)
(Se sienta y se prepara á bordar.)

JUAN. ¡Y se sienta doña Inés
su breve pié descubriendo!
¡ay! ¡si su pié sigo viendo

á mí se me van los piés!...
¡porque siento asi un afan!...
¡con esta sangre andaluza
fuego por mis venas cruza!)

INÉS. Don Juan. (Con mucha coqueteria.)

JUAN. Doña Inés.

INÉS. (Id.) Don Juan...
(Despues de una ligera pausa, durante la cual le habrá estado mirando.)
me pongo á bordar.

JUAN. (Destemplado.) Lo veo.

INÉS. La ociosidad...

JUAN. (Vivamente.) Si, es el padre,
digo, señora, es la madre
de los vicios.

INÉS. ¡Ya lo creo!

JUAN. Y yo tambien. (Casi cortándole la palabra.)

INÉS. (Ligera pausa.) ¡Ay!

JUAN. (¡Suspira!
Hay que andar con precaucion,
no demos un tropezon.)

INÉS. (¡Está indeciso!) (Le dirige una mirada.)

JUAN. (¡Y me mira!...
No sé... me da en el olfato...
probemos: si es por burlarse,
puede que llegue á encontrarse
con la horma de su zapato.)

INÉS. (¡Se aproxima!)

JUAN. (Allá voy pues.)
(Despues de prepararse.)
Doña Inés, si me atreviera,
á doña Inés la dijera,
que me gusta doña Inés.

INÉS. ¿Que yo le gusto?...

JUAN. Asi es.

INÉS. ¿Mucho, don Juan?

JUAN. ¡Con furor!...
Y mas se aumenta este ardor
que en mi pecho se ha encerrado,
porque todo á vuestro lado
está respirando amor!...

INÉS. ¿Amor respirando?

JUAN. ¡Pues!
INÉS. Y siente por mí...
JUAN. ¡Este afan!
INÉS. ¡Mucho exagera, don Juan!
JUAN. No exagero, doña Inés.
INÉS. Si ahora me ha visto...
JUAN. Asi es;
mas qué mucho que el ardor
de un fuego exterminador
esté en mi pecho encerrado,
si todo, Inés, á tu lado
está respirando amor!...
INÉS. Si su pasion verdad es,
y aspira á ser mi galan,
soy la Inés de ese don Juan...
JUAN. Y yo el don Juan de esa Inés:
estaré donde tú estés,
pues siento con mas vigor
desarrollarse la flor
de un amor que presentia,
que todo, gacela mia,
junto á tí respira amor!...
INÉS. (Se levanta.) Modere usted ese afan. (Con calma.)
JUAN. ¡No es posible, hermosa Inés!...
INÉS. Pues, don Juan, preciso es
que se modere don Juan.
JUAN. ¡Cómo! ¿Es cierto lo que escucho?...
INÉS. (Cuando digo que es un loco.)
Refrésquese usted un poco,
que se acalora usted mucho.
JUAN. (Pues señor, se me figura,
si la escena no le gusta,
que tampoco le disgusta:
aquel que no se aventura!...)
INÉS. (Sentándose al piano.)
(No es muy lerdo.)
(Toca el miserere del Trovador.)
JUAN. (El Trovador.
Una guitarra... ¡Oh placer!...
á su tiempo voy á hacer,
que le conteste el tenor.)
(Inés toca al piano la parte de Leonor, y cuando

deba entrar el arpa, haré D. Juan con la guitarra la parte de esta, y el canto del tenor.)

INÉS. ¡Eh! ¿Qué escucho?... ¡es singular!...
¡qué notable precision!...
¿Y canta usted?...

JUAN. De aficion.

INÉS. Si quisiera usted cantar.

JUAN. ¡Soy tan corto!...

INÉS. ¡Vaya!... ¡y tanto!...

JUAN. ¡Tengo la voz tan velada!...

INÉS. Eso importa poco ó nada.

JUAN. Pues siendo asi, entonces, canto.

MUSICA.

(D. Juan canta acompañándose con la guitarra.)

Este mustio y ajado
rojo clavel,
de tus trenzas doradas
cayóse ayer:
yo lo cogí,
y al fuego de mis labios
vino á morir.

—

Niña, no llores
por tu clavel:
toma, mi alma
te doy por él:
admite el cambio,
no seas cruel,
que vale un alma
mas que un clavel.

—

(Con marcada intencion)

Esto un jóven le decia
á una jóven tan hermosa
como vana y caprichosa,
que burlaba su pasion.

—

INÉS. Se acompaña usted muy bien;
tiene usted bonita voz.

JUAN. Muchas gracias.

INES. Ya hace tiempo
que conozco esa cancion,
y la estrofa que á esa sigue
á mi vez á cantar voy.
(Canta acompañándose al piano.)
Ese mustio y ajado
rojo clavel,
de mis trenzas rizadas
cayóse ayer:
cogerlo ví,
y al fuego de tus labios
tambien morir.

—

Mas ya no lloro
por mi clavel,
cuando tú el alma
me das por él:
y admito el cambio,
pues sé muy bien,
que vale un alma
mas que un clavel.

—

Esto á un jóven le decia
la que al fin su amor le dió,
al saber que no fingia
(Con mucha intencion.)
al pintarle su pasion.

—

Á UN TIEMPO.

JUAN. Esto un jóven le decia, etc.
INÉS. Esto á un jóven le decia, etc.

HABLADO.

JUAN. (Aumentándose su entusiasmo á medida que habla.)
Es decir, que si mi acento
llevase la persuasion
á ese inerte corazon...

INÉS. Dispense usted un momento:
mi corazon no está inerte.

JUAN. Esa frase, Inés querida,
me restituye á la vida
de los brazos de la muerte.

INÉS. (Creyendo hacerlo mejor
de entusiasmo se ha provisto.)

JUAN. (Faltaba aqui por lo visto
tres grados mas de calor.)
(Sumamente entusiasmado.)
La mágia de tu hermosura
como un filtro se introduce
en mi pecho, y me produce
esta ardiente calentura!
Me derrito y lo comprendo:
¡eres fuego, estopa yo!...
vino el diablo, ya sopló,
bella Inés, y estoy ardiendo!
(Cae á las plantas de Doña Inés. Al mismo tiemp
esta agita el tirador de la campanilla.)
Asi, modera el afan
del que siente aqui una fragua!...
(Llevándose las manos al pecho.)
(Lucia aparece á este último verso.)

LUCIA. Señora.

INÉS. Un vaso de agua,
y pronto, que arde don Juan.
(Váse Lucia corriendo.)
Fiebre tan devoradora,
(Acercándose á D. Juan.)
por si usted no lo sabia,
la cura la hidropatia.

JUAN. ¡Doña Inés!
(Repitiendo la melodia de la siguiente letra)

INÉS. (*Esto á un jóven le decia*, etc.)

JUAN. ¡Pero, señora!...
(Doña Inés se aleja repitiendo la misma melodia.
D. Juan se levanta.)

ESCENA VI.

D. JUAN.

¡Se burla! ¡Bien! No lo extraño,
estaba ya prevenido...
no obstante, me gusta mucho,
porque tiene buen palmito...
y es asi... nada, me caso
como tres y dos son cinco,
si se empeña en apurarme...
pero, y si... adelante sigo,
que en cuestiones amorosas
retirarse ante el peligro,
nunca hará honor á un don Juan,
si Tenorio es su apellido.
Quisiera ver á mi homónimo
en estos lances metido:
no fué el siglo diez y seis
como el siglo en que vivimos:
en este habrá Ineses, pero
de Ulloa no las he visto.
La doncella: aqui, don Juan,
de los recursos magníficos.
(Se sienta revelando en su actitud el mayor abatimiento.)

ESCENA VII.

EL MISMO y LUCIA con un vaso de agua.

LUCIA. Don Juan, el agua.
JUAN. (Mirándola con la vista extraviada.)
¿Qué?
LUCIA. El agua.
JUAN. (Como antes.)
No tengo sed.
LUCIA. ¡Pobrecito!
¡qué triste está! Mi señora
le ha jugado, por lo visto,
alguna mala pasada.

JUAN. (Levantándose y exaltándose por grados.)
Viva usted como he vivido,
adorando á una mujer
con frenético delirio;
busque usted una ocasion
de verla como la he visto;
de adorarla de rodillas...
¿y para qué?... ¡oh, hado impio!...
para verme, cual me veo,
burlado y escarnecido,
recibiendo aqui la muerte
(Señala en el corazon.)
¡en premio de mi cariño!!

LUCIA. Pues es verdad que está ardiendo:
si con agua lo rocio...
(Hace ademan de echarle el vaso de agua.)

JUAN. (Creciendo su entusiasmo.)
¡Ingrata Inés, tus desdenes
me conducen al suicidio!...

LUCIA. ¿Don Juan?

JUAN. (Exaltado.) ¿Quién llama?
(Calmándose.) ¡Ah! ¿eres tú?

LUCIA. Ese amor tan vehementísimo,
se lo inspira mi señora?

JUAN. ¿Quién si no?

LUCIA. ¿Si? Pues de fijo
que nada sabe.

JUAN. ¿Mis ojos,
acaso, no se lo han dicho?...

LUCIA. Los ojos son para ver,
y no tienen otro oficio.

JUAN. ¿Piensas tú?

LUCIA. Yo nada pienso.
¿Pero usté há poco no dijo,
que iba á ver á la que ama?

JUAN. ¡No hay tal cosa: solo vivo
por Inés y para Inés!
Há mucho tiempo que habito
enfrente de sus ventanas,
y si el tiesto he recibido,
fué solo, porque, soy franco,
convenia á mis designios:

sirviéndome de pretexto
entraba aqui...

LUCIA. Comprendido:
y ahora que va usted á hacer?

JUAN. ¡Á matarme!

LUCIA. (Vivamente.) ¡No!

JUAN. ¡Es preciso!
Entrégale esta tarjeta
con mi nombre y apellido:
que conozca á aquel que es víctima
del rigor de sus desvios!...
(Lucia se guarda la tarjeta en el bolsillo del delantal.)

LUCIA. Desista usted de su empeño.

JUAN. ¿Lucia, y cómo desisto?

LUCIA. Desistiendo.

JUAN. Claro está.

LUCIA. Yo le hablaré.

JUAN. ¿En favor mio?

LUCIA. Puede.

JUAN. (Cambiando de tono.)
¿Puede? ¡eres un ángel!

LUCIA. ¿Yo un ángel?

JUAN. ¡Si, el del juicio!
¡has tocado la trompeta
y á sus ecos resucito!... (Sacando un bolsillo.)

LUCIA. (Con malicia, viendo el bolsillo.)
(¡Es verdad!) (Afectando dignidad.)
¿Pero esto es broma?

JUAN. Toma.

LUCIA. ¿Mejor trato no merezco?

JUAN. (Haciendo ademan de guardarse el bolsillo.)
Yo ofrezco...

LUCIA. (Acercándose á D. Juan como para impedir que se guarde el bolsillo.)
¿Y qué contiene, se sabe?

JUAN. Una llave.

LUCIA. ¿Entonces el caso es grave?

JUAN. Si en mi pró no le has hablado,
porque la boca has cerrado,
toma, te ofrezco esta llave.
(Lucia toma el bolsillo.)

Hablarás á doña Inés...

LUCIA. Pues...
Y que tengo de oro el pico.

JUAN. (Haciéndole una caricia.)
¡Ay, qué rico!
Mis obras quién soy dirán.

LUCIA. Don Juan,
me mueve su amante afan...

JUAN. Ya se comprende, hija mia.
Adios, pues, franca Lucia.

LUCIA. Adios, pues, rico don Juan.

ESCENA VIII.

LUCIA, y á su tiempo DOÑA INÉS.

LUCIA. El pobre á matarse iba:
(Sonando el dinero.)
¡no dirán que en este siglo
no hay pasiones verdaderas!...
Un novio asi necesito.
(Se guarda el bolsillo.)

INÉS. (Que aparece riéndose.)
¿Al fin se fué?

LUCIA. Si, señora.

INÉS. ¡Ay! gracias que he conseguido
el quitármelo de encima.

LUCIA. ¡Cómo!

INÉS. (Riéndose.) Dime, ¿no te ha dicho
qué tal le ha sentado el agua?

LUCIA. No se hubiera usted reido,
de seguro, si lo escucha,
si ve usted lo que yo he visto.

INÉS. ¿Vas á tomar su defensa?

LUCIA. No, señora: solo digo
que se muere por usted.

INÉS. ¡Vaya un amor repentino!

LUCIA. No es la fecha tan reciente.

INÉS. ¿Pues me conoce?

LUCIA. Muchísimo.

INÉS. ¡Desde cuándo!

LUCIA. Ya hace tiempo.

INÉS. ¿Que ya hace tiempo?
LUCIA. Es vecino.
INÉS. ¿Y su amada?
LUCIA. No hay tal cosa.
INÉS. ¿Cómo sabes?...
LUCIA. Por él mismo.
INÉS. ¿Luego te ha hablado?
LUCIA. Me habló.
INÉS. ¿Y qué te ha dicho?
LUCIA. Me ha dicho...
que por usted solo vive;
que la quiere con delirio;
que su pasion no es fingida;
que en el alma usted le ha herido;
que no sabe qué le pasa;
que está en crisis su juicio,
que dejaba esta tarjeta
con su nombre y apellido,
y que resuelto á matarse
que va á haber un cataclismo.
Estas cosas, doña Inés,
son las que don Juan me ha dicho,
advirtiéndole de paso,
que yo ni pongo ni quito,
y que servida está usted,
y que callo y cierro el pico.
INÉS. ¿En dónde está la tarjeta?
LUCIA. Tome usted. (Dándosela.)
INÉS. ¡Cielos! ¡qué miro!
LUCIA. ¿Eh?
INÉS. «Juan Tenorio, abogado.»
¡No hay duda!
LUCIA. ¿De qué?
INÉS. ¡Es el mismo!
El que me ha ganado el pleito
en Sevilla.
LUCIA. ¡Nos lucimos!
Es decir, usted se luce.
INÉS. ¿Yo?...
LUCIA. Tirándole al codillo:
por mi parte, juro á usted,
que simpatizó conmigo

desde que le ví.

INÉS. (Despues de una pausa.) Es simpático.

LUCIA. ¡Y un caballero muy fino! (Pausa.)

INÉS. ¡Y se expresa muy bien!

LUCIA. ¡Mucho! (Pausa.)

INÉS. ¡Y tiene ingenio!

LUCIA. ¡Muchísimo! (Pausa.)

INÉS. ¡Y una voz!

LUCIA. ¡Y una garganta! (Pausa.)

INÉS. Canta bien.

LUCIA. ¡Hace unos trinos!!...
Le tiro un tiesto. (Con malicia.)

INÉS. No hay tiesto.

LUCIA. Si para el caso es lo mismo
le tiro un sillon. (Va á coger uno.)

INÉS. ¡Lucia!!
(Lucia se detiene.)
Calla: él viene.

LUCIA. (Maliciosamente.) Me retiro.
(En la puerta del foro se encuentran D. Juan y Lucia, y esta le hace un signo de inteligencia.)

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA INÉS, D. JUAN, y á su tiempo LUCIA. D. Juan entra con otro sombrero.

JUAN. Demandando su indulgencia
un tubo vengo á traer,
pues no lo quiero tener
pesándome en la conciencia.
(Saca un tubo y lo deja sobre el velador.)

INÉS. ¿En todo es tan pertinaz?...

JUAN. En todo, señora mia:
en una cacharreria
lo ví, lo compré y en paz.

INÉS. Usted si, pero yo no.

JUAN. Con su permiso me ausento.

INÉS. Señor don Juan, un momento.

JUAN. (En el anzuelo picó,
y cambia: la cosa es obvia.)
Dispense usted, doña Inés;

mas de partir hora es,
me está esperando mi novia.

INÉS. Adivino su intencion:
por mi proceder ligero
suplico á usted, caballero,
que me otorgue su perdon.
Sé quién es, que es abogado,
y que á usted le debo mucho.

JUAN. ¿Que usted me debe?... ¿Qué escucho?
Pues yo ¿cuándo le he prestado?

INÉS. La cuestion es muy sencilla.

JUAN. Presumo que en un error...

INÉS. ¿No fué usted el defensor
de cierto pleito en Sevilla
contra don Diego Maqueda?

JUAN. Justamente.

INÉS. Pues yo soy...

JUAN. Vamos, señora, ya estoy:
la viuda de Pruneda.

INÉS. Por eso es la pena mia,
si lo he recibido á usté...
de cierto modo...

JUAN. ¿Y por qué,
si usted no me conocia?
(Afectando un sentimiento que procura disimular con su manera de decir.)
¿Á qué implorar el perdon?

INÉS. (¡Qué fino y qué delicado!)

JUAN. Como usted yo hubiera obrado
en indéntica ocasion.
¿Que su juguete yo he sido?
No hallo nada que me asombre:
de juguete sirve un hombre,
cuando el hombre es aturdido.
Con el amor por divisa,
que me arrojado á sus pies?
Una pasion, doña Inés,
hoy solo promueve risa.

INÉS. ¿Pero usted en serio hablaba?

JUAN. (Ap.) (En buen terreno te pones.)
(Fingiendo pasion.)
¿Pues qué, mi voz, mis acciones,

todo en mí, no lo anunciaba?

INÉS. Yo, la verdad... sospeché...
si hubiera entonces sabido...

JUAN. Siga usted, yo se lo pido.

INÉS. Sabido... lo que ahora sé...

JUAN. Otra palabra:
(Viendo que Inés permanece callada.)
enmudece,
cuando contempla mi afan?

INÉS. Que he dicho, señor don Juan,
lo bastante, me parece.

JUAN. Es avaro aquel que adora
de palabras de consuelo:
calme usted mi amante anhelo;
¡otra palabra, señora!...

INÉS. ¿Qué pretende usted de mí?

JUAN. Saber lo que no consigo.

INÉS. Pues callada, no le digo
todo cuanto siento aqui!...
(Acercándose á D. Juan.)
¿Fuego en mis ojos no ves?
¡Este amor mi dicha fragua!...

JUAN. (Agita vivamente el cordon de la campanilla y en seguida aparece Lucia.)
Pronto, pronto, un vaso de agua,
que está ardiendo doña Inés.
Cuando el fuego es pertinaz
se vence su rebeldia
usando la hidropatia,
que es un remedio eficaz!

INÉS. (¡Monstruo!)
(D. Juan hace el mismo juego escénico que Doña Inés en idéntica situacion.)
«*Esto un jóven le decia*... etc.»
(¡Sabré dominarme!)
(Despues de una pausa, durante la cual D. Juan canta la melodia anterior.)
¿Qué tal la escena ha salido?
(Lanzando una carcajada.)
¡Me parece que he sabido
como usted entusiarmarme!
(En medio de su volubilidad Doña Inés dejará en-

trever al público su despecho.)
Igual en todo nos vemos.

JUAN. (Es preciso confesar,
que no es un tipo vulgar.)
Doña Inés, la paz firmemos.

INÉS. (Despues de mirarle un momento.)
¿Pero es formal?

JUAN. Muy formal:
antes de ser su marido,
las armas hemos medido,
y somos tal para cual.

INÉS. Temo...

JUAN. ¿Qué?

INÉS. Una felonia.

JUAN. El que adora no es traidor.
(Acercándose mas á Inés.)
Dime: ¿hay rencor?

INÉS. ¿Hay rencor?

JUAN. Esta es mi mano.

INÉS. Y la mia.

LUCIA. (Entrando con un vaso de agua por el foro.)
El vaso...

JUAN. No es necesario.

LUCIA. Pero ardiendo, ¿quién está?

JUAN. Á quien arda, templará
la bendicion de un vicario.
(Dirigiéndose al público. Música sumamente piano en la orquesta hasta la conclusion.)
Si mi objeto he conseguido,
por la cual mi dicha es mucha,
y en esta amorosa lucha
siendo vencido, he vencido;
hágase al mundo notorio,
que aqui no muere un instante,
la raza altiva y galante
del noble don Juan Tenorio.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 31 de Mayo de 1864.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

REPRESENTADAS EN MADRID.

GENARO EL GONDOLERO. Zarzuela en tres actos y en verso.
ESTAFETA DE AMOR.... Zarzuela en un acto y en prosa.
ARMAS IGUALES..... Zarzuela en un acto y en verso.
UNA MADRE..... Drama en cinco actos y en verso.
AL AÑO DE ESTAR CASADO. Comedia en un acto y en verso.
DOS INICIALES..... Juguete cómico en un acto y en verso.
UN TENORIO MODERNO.. Zarzuela en un acto y en verso.

HISTORIA
TICA Y DIPLOMATICA
desde la independencia
Estados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)

POR

ON JERÓNIMO BECKER

ora, que acaba de ponerse á la venta, en amplio y fiel extracto los principales examina con imparcialidad la historia señala sus defectos y expone con minu- talles lo referente á las relaciones exte- España, siendo, por tanto, de gran inte- conocer de un modo exacto el aspecto co de la cuestión cubana.
o en 4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

JESTAD CATÓLICA DEL REY CARLOS II

edición, corregida y aprobada por la lias del Tribunal Supremo de Justicia, bación de la Regencia provisional del

omos en folio, 50 pesetas.

IÓFILOS ESPAÑOLES

a completa de todos los tomos publi- sta sociedad, de que se hallan la ma- gotados.
licados 38 tomos en 4.°—Precio, 900

hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 peseta

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APENDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.° de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

---

tablecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.